

y el patrimonio de los seres racionales. Nuestros más fervientes deseos se unen en estos momentos al de todos los hombres de buena voluntad en un voto de fe porque los que actualmente tienen en sus manos los destinos de las naciones, comprenden que la única salvación que nuestra humana inteligencia puede prever de las diferencias y rencores del pasado, se encuentra en la práctica y realización efectiva del espíritu que encarnó Cortés en su conquista con su generosidad para los vencidos. América que ha pretendido ser durante toda su historia la tierra del hombre libre, debe abrir sus brazos, como los abriera el Gran Conquistador, para acoger en su seno con fraternal ademán, a todos los hombres, de todas las razas, credos y sentimientos que busquen en ella la esperanza de un Nuevo Mundo que, como Cortés lo quiso, sea el producto de todas ellas, puesto que todas son hijas del mismo Creador.

Monseñor Claudio María Volio y Jiménez

Por Berta María Feo

Magnate que levantó siempre sus pasos de apóstol a alturas donde resplandecen mirajes bellos de porvenir, *Monseñor Claudio María Volio y Jiménez* fué un luchador cuya ideología le trazó un camino, e incansable en recorrerlo, sembró el bien y marcó indelebles huellas en todo aquello que significó un progreso, poniendo su espíritu al servicio de un ideal de renovación y justicia.

Personalidad bien definida que se impuso por su inteligencia y cultura nada comunes, sus campañas en favor de los desvalidos, de las Instituciones de Beneficencia y de todas las causas nobles pusieron de relieve su vigorosa intelectualidad, y le colocaron en primera línea entre los hombres a quienes la Patria tendrá mucho que agradecer.

En constante actividad, su labor altiva y digna se desarrolló paulatinamente, sin vanos alardes, analizando los problemas sociales con cordura, estudiándolos sobre el terreno de las realidades y exponiendo su criterio sobre los mismos con la gallardía serena del que enseña y del que siembra, porque sus diversos aspectos eran domeñados por su prudencial clarividencia; y experto piloto no arrojó jamás el ancla a la ventura sino a los fondos inmediatos.

Manteniéndose en un plan de absoluto desprendimiento, ese patricio augusto para el que la púrpura parecía hecha ex profeso, rindió a Dios y a la Patria el acervo de su ilustración y actividades, y en sus manos consagradas florecieron los albos lirios que hacen a los hombres inclinarse respetuosos ante el Ministro del Altar, que lucha armado con el solo ministerio de su palabra, y en su corazón la rosa ígnea de una caridad bien entendida que anhela cambiar las viejas capas de nuestros pueblos, y formar ciudadanos laboriosos y conscientes, aptos para el ejercicio de sus derechos y prontos al cumplimiento de sus deberes.

La envidia y la mediocridad se cebaron con frecuencia en el hombre y en el Prelado, pintando como ambición lo que era generosidad, como emboscada lo que era desinterés y como hipocresía lo que era afabilidad. La calumnia cobarde y bastarda en consorcio con la mentira tumultuosa y pueril trataron de denigrar su gran pensamiento y su obra en favor de las instituciones patrias, teniendo que plegarse asombradas ante el desdén de las multitudes que hizo diluir en desprecio las cimas ríspidas de sus torpes empeños, tornando a hundir en el cieno sus frentes de larva, las unas, y a exponer la miseria moral de sus autores, las otras, que se puede decir, no hicieron más que desprestigiarse a sí mismos, al esbozar sus obtusos manejos contra la silenciosa y enérgica desaprobación que la rectitud y la honradez del digno Prelado marcaba con orla negra, poniendo en evidencia las tortuosidades de su conducta. El león no conoce otra enfermedad que el disgusto de los alimentos, dice Plinio; y ese león de la envidia que acechó con tesón al egregio fundador del Asilo donde la más triste condición humana, la vejez desamparada, encuentra afectuoso abrigo, no se sació jamás, su fiebre fué de ignominia, oprobio, que no eclipsó siquiera un día el sol de las muchas victorias con que el ilustre prócer cartaginés vió coronados sus fraternales esfuerzos en pro de su credo y de su Patria.

Como un torrente que engrosa a otro torrente hasta hacerlo irresistible, en el alma del pueblo costarricense se infiltró el amor, el respeto y la admiración hacia el preclaro hijo de la antigua metrópoli y ese amor, respeto y admiración que sólo engendra el apóstol de doctrinas y principios que hablan fuertemente al alma y a la conciencia, vibrantes como un epinicio, fueron salvadoras en la hora del peligro.

En estos tiempos en que el egoísmo se entroniza, la voz del magnate del pensamiento a quien las multitudes estaban habituadas a escuchar, se alzó en defensa de las clases oprimidas, azotadas por la crisis y su palabra suave y sugestiva como una admonición provocó saludables marejadas, tendiendo su empeño a romper los viejos moldes que han imperado hasta hoy. Ministro del Altísimo siguió impertérrito su camino—porque hay derrotas que son triunfos—hasta la tumba, sin que su caridad le permitiera sentir el asco que inspira el contacto con la vileza humana, soportando pasivamente la expresión del desdén estúpido que a esa vileza inspiran los hombres superiores, relegando al olvido la iniquidad de los que ignorantes de las altiveces que abriga una alma elevada emprendieron la tarea nefasta de esterilizar sus esfuerzos en honor de la Basílica Nacional, en provecho de sus feligreses, en favor de la colectividad.

“El hombre independiente económicamente es el único con derecho a decir lo que piensa en todo momento. En nuestro medio la forma más real y la más factible de alcanzar esa independencia es la agricultura.”—L. C. B.